

Jean ALBERTINI, *Non, Aragon n'est pas un écrivain engagé!* Grigny, Éditions Paroles d'aube, 1998, 152p.

A quien conozca de cerca a Louis Aragon poco le sorprenderá el título con el que Jean Albertini inaugura su obra, *Non, Aragon n'est pas un écrivain engagé!*. El espíritu provocador que caracterizaba al artista sobre todo en su etapa surrealista trasluce en ese eslogan cuyo propósito consiste en indisponer a los lectores contra quienes ponen en entredicho el compromiso de Aragon durante su trayectoria intelectual. Jean Albertini contradice así algunos de los clichés más difundidos a lo largo del tiempo, algunos incluso recientemente renovados en ocasión del centenario de su nacimiento celebrado hace dos años. Según denuncia el autor, en ciertos documentos destinados al público en general se ofrecía una imagen del escritor como individuo que dispone de varias máscaras y que echa mano de ellas según las situaciones en las cuales se ve inmerso. Por el contrario, en la presente obra se subraya el carácter íntegro manifestado por Aragon y la unidad de pensamiento que determina su existencia. Con el fin de probar su tesis, Albertini interpreta la adhesión aragoniana al movimiento dadaísta como un sentimiento hostil hacia la guerra de 1914, como uno de sus tantos intentos para evitar que se repita de nuevo. Alude también al sentimiento de urgencia manifiesto en la escritura aragoniana para contribuir a forjar un mundo mejor. Contradice con tales argumentos a quienes acusan a Aragon de mostrar una cierta complacencia por el poder, aunque en su vertiente moral.

El libro que hoy nos ofrece Jean Albertini toma origen en la exposición que él mismo había preparado sobre el escritor y presenta una antología de textos aragonianos ignotos o mal conocidos. Sin embargo, el objetivo del autor va más allá de la simple reproducción de los pasajes. En un empeño constante de difundir el verdadero –según sus propios criterios– rostro del escritor, acompaña cada fragmento de una recreación del contexto histórico y literario en donde se produce.

Así pues, encontramos en primer lugar tres textos publicados en la revista *Clarté* entre 1925 y 1926 donde encuentra eco un Aragon crítico respecto al sistema capitalista y en contra de los intelectuales que lo refrendan. No obstante, pese a mostrarse un tanto desilusionado, no puede calificarse de pesimista puesto que adivina en el seno de su sociedad un “proletariado intelectual” cuya valía está aún por descubrir y que, sin duda, habría de unir sus esfuerzos a los del proletariado mundial revolucionario.

Además, figuran en esos fragmentos aspectos de una actualidad casi contemporánea, como es el debate acerca de la utilidad de un libro. Tema que sanciona con una idea crucial en arte: “El pensamiento no es un mero trabajo, es la vida misma de un hombre, el producto de su vida, lo que su vida no puede esclavizar”.

Las ideas enunciadas durante esa época se ponen asimismo de manifiesto en “*Critique d'un traité de style*” donde reflexiona a propósito de las actitudes idóneas en tiempo de guerra. Texto creado por Aragon

básicamente para ganar un dinero y que permite al compilador ilustrar las dificultades económicas que guiaron la vida del escritor, en particular tras su ruptura con la editorial Gallimard.

Otros capítulos se dedican a difundir el conocimiento de las obras de ficción elaboradas por Aragon. Albertini sigue los pasos del escritor al transcribir el fin que concede al abad Blomet en su novela *Les Communistes*, una obra concebida con el objetivo de reflexionar sobre la segunda guerra mundial y cuyo balance sobre el acontecimiento es verdaderamente meritorio pese a no haber tenido una gran acogida entre el público que tal vez se dejó guiar en exceso por el contenido político latente en su título.

Se añade a éste otro pasaje del corpus novelístico aragoniano, esta vez procedente de su última obra escrita en 1973, *Théâtre/Roman* y de la que cabe destacar la trascendencia en los temas abordados: la vejez, las vicisitudes de la comunicación,...

Tampoco podía faltar un capítulo representativo de su experiencia como poeta, motivo que justifica la transcripción del poema de amor “El canto de la puerta del sol”. Por último, desde su misma óptica de buen conocedor del género poético, aparece el poema “Hölderlin”, donde destacan las numerosas referencias intertextuales y en el que aborda el problema del destino humano en nuestra época.

Además, Jean Albertini enriquece el contenido de la época al combinar los textos con una decena de ilustraciones que iluminan al lector sobre la personalidad aragoniana: aparte de la imagen de los típicos textos manuscritos o la foto de la que fuera su habitación en la calle de Varenne, puede observarse a Aragon en compañía de intelectuales con quienes se relacionaba. Se muestran a la vez algunas de sus actividades como la dirección, compartida con Jean-Richard Bloch, del periódico *Ce Soir* y se ofrecen también artículos de prensa en torno a la figura del autor.

Sigue al cuerpo del texto un apartado donde de nuevo el compilador hace hincapié en la profundidad y la clarividencia que constituyen el pensamiento aragoniano, a la vez que evidencia su modestia al declararse tan sólo un “humilde interlocutor” entre los textos allí presentes y el lector. Un interlocutor para quien la recompensa más preciada consistiría en haber incitado a la lectura de la obra de Louis Aragon.

Pero si un mérito hubiera de subrayarse de *Non, Aragon n'est pas un écrivain engagé!*, cabría incidir en el aspecto didáctico de la obra, que por otra parte, parece ajustarse así a una de las exigencias de la colección en concreto. A la contextualización de los fragmentos se le añade un apartado bio-bibliográfico donde Albertini no se limita a proporcionar los datos más importantes de la vida del autor, sino que los combina con otras informaciones del ámbito literario susceptibles de poner de relieve el mérito y las aportaciones del consiguiente escritor. Asimismo parecen interesantes sus consejos para la lectura de Aragon. Se proporciona en ese capítulo un itinerario para facilitar el acceso al corpus aragoniano. Itinerario concebido

con tal de que todo el público en general –y no únicamente el interesado por las letras– pueda acceder a la obra.

Y siguiendo con el empeño de desvanecer cualquier obstáculo posible, Albertini nos orienta también sobre las ediciones publicadas acerca de la obra de Louis Aragon. Su bibliografía abarca desde los clásicos hasta libros de reciente aparición a raíz del centenario en 1997, mencionando otros documentos sonoros o incluso proporcionando direcciones útiles como la de la Fundación Elsa Triolet-Aragon,...

En definitiva, *Non, Aragon n'est pas un écrivain engagé!* presenta la virtud de introducirnos de forma clara y sucinta en el complejo y rico universo de un escritor como Louis Aragon, por lo cual no dejamos de recomendar muy encarecidamente su lectura a todos los públicos.

M^a Carme Figuerola

Émile Zola, *El naturalismo*. Edición de Laureano Bonet, Barcelona, Península, 1998

Con la reedición de esta obra Península invita a los lectores a rememorar la trascendencia de Emile Zola en el mundo de las letras. Su propósito de autorizar el proceso literario mediante leyes científicas sorprendió ya en su día y no deja de ser todavía hoy una tentativa ambiciosa a la par que original.

En este volumen el editor, Laureano Bonet, nos propone una introducción en 21 páginas donde analiza con una gran capacidad didáctica cuestiones controvertidas en relación con el naturalismo. Así pues, pone de relieve la dificultad del mismo Zola por conciliar sus razonamientos teóricos y su obra práctica. Esa primera constatación le permite ahondar en el contenido de la doctrina naturalista, en la cual observa dos tendencias: la más dogmática representada por Emile Zola y la menos purista, menos inflexible, de la cual las letras españolas cuentan con exponentes como Oller, Galdós o Pardo Bazán y que termina, a veces, por confundirse con el realismo clásico. Debido a lo escurridizo de esa frontera que separa a ambos movimientos, Bonet insiste en realzar los criterios que los distinguen. Destaca así, la intervención de sentimientos o creencias del autor realista en ese retrato de la realidad, aparentemente objetivo, frente al retraimiento del naturalista quien, por el contrario, pretende descubrir leyes de orden económico, fisiológico, político y económico a través de la actitud de los personajes. Queda atrás el concepto de novela como medio de diversión y se instituye como proceso de investigación, lo cual permite adivinar el papel preponderante ejercido por este género sobre los demás.